

Nicomedes Guzmán

Carlos Sepúlveda Leyton, novelista del pueblo



UESTRA novela era luminosa, lírica, eglógica. Y a pesar de su inconsistencia humana, se alzaba sobre bases técnicas poco comunes. ¿Quienes le daban vida? los nombres no eran pocos. Santiván, por ejemplo, chileno muy francés, escarmenador agudo del alma femenina, preciso para decir su conocimiento de la vida sin pelearse con su fino temperamento romántico. De esto consta su novela «Ansia». Lo encontramos luego a este mismo Santiván, profundo y enigmático en «La Hechizada», chileno afrancesado siempre, pero que ya se esfuerza por darnos un color y una sensación de Chile a través del campo. Sus personajes aparecen definidos diestramente, Mas, no pasan de ser almácigos europeos que el sentimiento y la intención del novelista cultivaron en el propio terruño. La chilenidad y el clima de fuerza que atraviesan su novela se encuentran en el paisaje, en el zumbido de las abejas, en el aire espeso de estío lleno de salvajes aromas montañoses. Y eso era todo. Bien podría hablarse también de Maluenda, o de Labarca, o de Díaz Garcés, o de Gana, o de Espinosa, realmente chileno, cuya obra se acerca un poco más a la preciada carne de nuestra nacionalidad, para cuyo descubrimiento parece haber faltado audacia.

Antes d'Halmar, no debemos olvidarlo, al propio tiempo

que Baldomero Lillo—el gran intérprete de las minas de Chile—había entregado su enorme mensaje, francés también por lo que tenía de Zola, pero fuerte, vitalizado por humanas venas, mensaje que fué como un grito desgarrador en el que el autor de «Juana Lucero» debió haber agotado toda su capacidad para ver y comprender el drama de la vida, porque después sólo le hemos oído balbucir páginas perdidas en la euforia de un bello y maravilloso sueño que, acaso, traicionó su verdadero destino literario. Yendo más atrás, podría hablarse aún de Blest Gana o de Orrego Luco. Allá ellos y su obra de vigorosa estructura para su tiempo. Acerquémonos, más bien, a Edwards Bello y a «El Roto», a Eduardo Barrios y a «Un perdido», o a Alberto Romero y a «La viuda del conventillo». Aquí, sí, nuestra literatura hace sonar oro de buena ley entre sus manos. La realidad cruda y palpitante, como en los tiempos de «Juana Lucero» o de «Sub-Terra» se reincorpora a nuestra novela, con el rostro sañudo y fatal, moreno de chilenidad.

Los nombres se repiten. Y alternando entre lo retórico, lo artístico limitado por escrúpulos irrazonables y lo desgarrado, pero audaz en el gesto de salvar la estulticia y otras barreras insensatas, encontramos nuestra novelística hacia el año 1934, tiempo en que nos detenemos ante el hallazgo luminoso y popular de un libro anchuroso. Hablamos de «Hijuna...» de Carlos Sepúlveda Leyton, novela suburbana, casi rural, alta y afortunada noticia de una infancia y de un pueblo.

Nos acostumbrábamos a los mismos nombres y a una casi idéntica modalidad literaria. Nuestra novela se dolía de males originados por un raquitismo que comenzaba a hacerse crónico. Y no faltaba el crítico honrado que revelara sus debilidades. Así, Domingo Melfi, analizando sagazmente nuestra realidad novelística ha podido decir:

«Si creemos que todo ha de ser pulimento de frases, anécdota y perfección de forma, habremos hecho indudablemente

« un admirable servicio al arte, pero, en cambio, habremos de-
« jado en la sombra aspectos fundamentales de la realidad. Sin
« dejar de ser la novela una expresión del arte, una expresión
« emocionada del arte, ella puede abrir los surcos profundos
« por los cuales deberá marchar a la zaga el ideal de eso que
« ha sido llamado la reivindicación de los que sufren. El espec-
« táculo que Baldomero Lillo puso de relieve fué, en cierto
« modo, el llamado indirecto a la conciencia ciega de los que
« nada querían ver. A Chile le corresponde un arte novelesco
« vigoroso, de entonación estricta y auténticamente humana.
« En una tierra como la nuestra, erizada en el elemento huma-
« no por series sucesivas de injusticias, por el aislamiento vo-
« luntario de las llamadas clases sociales, corresponde una la-
« bor novelesca de ardor y de crítica. No es preciso que esta
« crítica sea el tema constante, sino simplemente la emanación
« que surge de una presentación clara y firme de los hombres
« que viven y han vivido agitados por innumerables pasiones y
« contradicciones.

«El arte sutil de los que escriben para decorar con una
« lumbre ceñida y fina el ocio de los afortunados puede ser una
« expresión refinada de creación. Es hasta preciso que ello exis-
« ta y viva. Pero no es todo el arte, no es exactamente una
« expresión integral de la obra artística».

Censura y golpe para los que creen que la literatura es un simple instrumento de sueño y de hermosos viajes alrededor de mundos extraterrenos. Fustazo implacable y preciso para la imaginación de los que estiman que desvariando sobre azules sendas de euforia se interpreta a un pueblo, las duras, serenas y acertadas palabras de Domingo Melfi tienen la fuerza que caracteriza a la sinceridad y la estatura admirable de todo lo verdadero. Porque el artista, el novelista en nuestro caso, podrá estar todo lo bien intencionado que quiera, y podrá hacer todo el alarde que desee en cuanto a integridad de su honra-

dez, y, a pesar de ellos, no logrará hacer arte amplio si no descubre la vida. El escritor podrá sentirse honrado consigo mismo y puede responder de sus intenciones y realizaciones. Pero es el pueblo el único que puede medir en toda su área su honradez, sus intenciones y realizaciones. Y es el pueblo el mejor autorizado para declarárselo, si su expresión significa la interpretación de su vida, de sus realidades y de sus aspiraciones.

Volviendo a la novela «Hijuna...» de Carlos Sepúlveda Leyton, estimamos que ella saldrá bien en todo instante de una prueba como la que acabamos de destacar. De aquí, pues, su enorme importancia.

Es toda la obra como un trozo de Chile, un recio, sonoro y viril trozo de Chile proyectado sobre un corazón esperanzado. La espontaneidad tiene aquí una personalidad airosa. Lo forzado no puede caber en la expresión de quien trae el mensaje de su experiencia. Y es que Sepúlveda Leyton, profesor y padre de muchos hijos en Linares, al incorporar su nombre a nuestras letras, incorporó, también, la verdad de su heroica vida de chiquillo chileno, junto con la existencia de un mundo real, enorme, tan conocido como olvidado, tan a los ojos que pasaba desapercibido y no llamaba la atención, al privilegio de la pluma.

Mucho se ha dicho del hombre de nuestro pueblo. En artículos. En crónicas. En Poemas. De pronto el cuento también lo captaba. Pero al decir le faltó siempre alma. El decir, salvo raras excepciones, estuvo lejano de esa cordialidad sana, vivaz, chispeante de la sinceridad, de lo nacido no a golpes de suposiciones y mentiras, sino al influjo natural de lo que, desbordándose en el conocimiento, fluye al mundo externo en busca de la emoción humana. E «Hijuna...», auténtica novela del pueblo chileno, vale por esto: por el natural alumbramiento que la trajo a las letras. Por la roja flor de verdad que trae prendida a la solapa de cada una de sus palabras. Por el grato aroma popular que alienta en cada una de sus páginas. Por la sim-

pleza amplia y musculosa que anima su manera de interpretar la existencia proletaria, nervio y razón, esqueleto y carne de todo su volumen.

Pasan por ella chiquillos, obreros, lavanderas, viejos, rateos, vagabundos, prostitutas, guardianes y hasta corredores pedestres dando vueltas a la elipse del Parque Cousiño. El extramuro sur de Santiago se encuentra alegremente, tristemente, chilentemente logrado a plumazos breves y precisos, de nerviosa significación.

Nuestro pueblo tiene en el mundo una actitud especial y característica. De un lado la alegría. De otro lado el dolor. Y nuestro tipo popular en medio, se entrega de lleno a lo uno y a lo otro, y he ahí cómo la entereza con que lo hace en el dolor, da la exacta medida de sus fuerzas internas en potencia. Es lamentable, sí, su fatalismo, lo que lo aleja de la felicidad, del esfuerzo consciente y sistemático, y que le impide el despliegue constructivo de esas energías internas que, en potencia, inundan su espíritu.

Sepúlveda Leyton, novelista de recia estirpe, exhuberante de talento, desligado de vanas palabrerías, e intrínsecamente humano siempre, desnuda en su «Hijuna...» al tipo nacional, al hombre del extramuro, escuetamente, con su sana alegría y su deprimente fatalismo, nefasto para el ancho destino que sus capacidades espirituales latentes le deparan. De aquí el sentido social de la obra de Sepúlveda. Si de la miseria. Si del hambre. Si de algunos diálogos. Si de los puñales que se mueven en las rudas manos de un par de *rotos* del matadero. Si de la sangrienta revolución que atraviesa por muchas de sus páginas. Si de todo el rodar mismo de los acontecimientos que fortalecen su obra y establecen y determinan sus profundas raíces de novela. Si de la vida toda que se revuelca y otea entre la nervatura tensa de sus páginas, fluye un aliento colectivo, es más que nada la displicencia de la humanidad que en ella bulle, el dejarse hun-

dir en el fatalismo de esa misma humanidad, lo que, más que nada, da a «Hijuna...» alcurnia social.

Se goza con la novela de Sepúlveda admirando la júcunda libertad de la infancia que en ella vive. Hay honda y ubérrima emoción en las páginas dedicadas al juego del volantín y a otros tantos juegos. Pero un doloroso asombro y la amargura nacen con la aparición de Ño Flojera, por ejemplo, y frente a todo el barrio adulto, abatido por el fatalismo y el dejarse arrastrar por la corriente, no obstante sus esporádicas explosiones de esfuerzos y rebeldías.

Limitando aquí la realidad social de esta primera novela de un profesor, llena de verdad y de honradez, no podemos dejar pasar unas palabras que la alcancen en cuanto a realización artística. Bien construída, precisa, ágil en su estilo, lírica a cada tranco, no desmerece en nada, técnicamente, a la especie de novela que animaron no pocos de sus predecesores. Pero las supera ampliamente en cuanto a logro de vida, en cuanto a humanidad, en sentido nacional, cualidades que la vigorizan para hacer de ella una de las pocas grandes novelas de nuestra pobre literatura.

En 1935, las prensas nos entregaron una nueva obra de Sepúlveda: «La fábrica». Continuación, al parecer, de «Hijuna...», esta novela tiene como escenario la Escuela de Profesores, es decir, la «fábrica de profesores». Menos espontáneo que en su primer libro, perdiendo el soplo jocundo de naturalidad que caracterizaba al primero, nos demuestra en éste su capacidad de psicólogo, su humorismo sano, confirmando sus recias cualidades de pintor literario, todo en medio de un clima denso, brumoso, como de prisión. Acaso esto último se deba al ambiente de internado que Sepúlveda describe. Sea cual fuere la causa, la verdad es que el autor pierde con esta nueva novela gran parte de la ventaja obtenida con «Hijuna...». Felizmente, la personalidad del novelista se mantiene en su tem-

ple altamente humano y en su tendencia a hacer de su creación un afluente del correntoso río social.

La obra de Sepúlveda Leyton sigue el curso de su vida. Y parece responder a un ciclo. Si «Hijuna...» representa la infancia y «La fábrica», la adolescencia y la formación del profesor, su última novela (1), titulada vigorosamente «Camara-da», nos muestra al maestro en plena función pedagógica a la vez que de vida. Más novela que sus libros anteriores, «Camara-da» es una obra fuerte, viril, ancha. La vida miserable y de zozobras del profesor primario se alza aquí como un grito agudo de protesta y valentía. Sardónico, mordaz, patético, Sepúlveda nos entrega en su «Camara-da» un documento retorcido de humanidad. El dolor y la impotencia proletarias se revuelcan en sus páginas tremantes como potros sedientos. La infancia chilena, a través de las aulas escolares, la infancia chilena descalza y haraposa, parece levantarse sin llantos, fríamente, estoicamente, desde su postración y desde su hambre para crucificar a toda una sociedad en su dolor. Hay cuadros tremendos como la repartición del desayuno escolar, que llega hasta los vacíos estómagos de los pequeños proletarios en brazos de una piedad humillante, de la que se gozan en su inconsciencia las señoritas y de la que ríe el autor con una ironía sollamada y amarga. Hay escenas de sangrante patetismo, como aquella de los chicos hambrientos que corren bajo la lluvia tras el perro que huye llevando en el hocico un trozo de pan. Sepúlveda nos recuerda a Nevierov, aquel ruso cruel y formidable de «La ciudad de la abundancia», como él, nuestro novelista es duro e implacable para contar la vida, menos simple quizá, pero humano, temblorosamente humano siempre hasta en las más escondidas células de su expresión.

El profesor camina bajo la filosa agua invernal, que cae

(1) Tenemos noticias de una cuarta novela de Sepúlveda, la que aparecerá próximamente. Se intitula: *La hora*.

violenta. Y piensa en su miseria, arrebozado de frío, con los zapatos rotos, ruidosos de lluvia. Y los alumnos con puerilidad punzante, se le encaran para manifestarle desde el fondo de su precoz amargura: «Usted no sufre, señor. Usted es rico, señor».

Talento y exacto, Sepúlveda tiene de la vida un concepto doloroso. Su ironía maneja agudos estiletes frente a los hechos. Los mítines y su hueca palabrería le hieren. Aquella Convención de Profesores, en la que no se hace sino discutir vanamente, y de la que, por supuesto, nada se obtiene en concreto, como en la mayoría de esta especie de reuniones, lo empuja hacia un mundo de desaliento. Sin embargo, realidad curiosa en medio de la amargura de su obra, de la misma desesperanza se desprenden brazas de luz y de fe. Milagro éste de la verdad que palpita en las páginas de «Camarada». Porque es natural que de toda verdad pronunciada con la entereza y el fervor revolucionarios con que lo hace Carlos Sepúlveda Leyton; tiene que saltar el filo de un acero que cercene a la amargura y dé vida a una amanecida de innovaciones, por lo menos en la esperanza.

Lejano en sus tierras de Linares, con sus hijos y sus alumnos, sus libros y sus años maduros, Carlos Sepúlveda Leyton es un verdadero novelista del pueblo de Chile, y construye su obra con concretos y ferreterías espirituales de la mejor calidad. Con los únicos materiales que, para su fortaleza, necesita nuestra literatura.